

«YO NO QUIERO VIVIR INÚTILMENTE: ES MI OBSESIÓN»

**Apuntes de la intervención de Julián Carrón
en la Jornada de apertura de curso de Gioventù Studentesca**

Milán, 4 octubre 2013

Razón de vivir

Liberazione n. 2

La strada

Alberto Bonfanti. Quiero en primer lugar daros la bienvenida – no de modo formal – a todos los que estáis aquí presentes y a los que están conectados desde setenta ciudades en Italia y también desde España. No es una bienvenida formal, porque la sinceridad y la lealtad con la que vivís y con la que nos lo contáis, como se pone de manifiesto a través de vuestras contribuciones, demuestra que si estáis aquí, si estamos aquí, es porque esperamos algo: esperamos que ese comienzo de respuesta que hemos encontrado pueda crecer, pueda convertirse cada vez más en una experiencia cotidiana. Es conmovedor y edificante leer vuestras contribuciones, porque testimonian frescura, lealtad y sinceridad a la hora de plantear las preguntas más verdaderas, sin reticencias. Escribir estas contribuciones supone una gran ayuda para juzgar lo que vivís, para mirar vuestra experiencia y, por tanto, para vencer muchos miedos que nacen con frecuencia – como escribe nuestra amiga Débora – de «no mirar la experiencia».

Quiero dar las gracias a nuestro amigo Carrón, que también este año ha querido acompañarnos de forma especial en este comienzo de curso porque, como dijo el año pasado, todo comienzo nos pone siempre ante las cuestiones decisivas de la vida. Creo que puedo decir que el año pasado vivimos todos marcados por ese deseo, por esa exigencia de afecto por nosotros mismos que tú describiste en octubre del año pasado, y sin el cual vivimos como si faltase la tierra bajo nuestros pies. Hemos hecho experiencia de que este afecto por nosotros mismos nace de albergar en nosotros y de reconocer una presencia, una persona que tenemos ante nuestros ojos; hemos experimentado que [este afecto] nace y crece a través del encuentro con una mirada llena de ternura por nuestra persona, por nuestro destino. Esta mirada es lo que nos permite mirar mejor la realidad y a nosotros mismos, como dijimos en el Triduo citando a san Agustín, cuando habla del encuentro entre Zaqueo y Jesús: «Él fue mirado, y entonces vio» (San Agustín, *Discurso 174*, 4.4). Como testimonian vuestras contribuciones, de aquí nace con fuerza la exigencia de la contemporaneidad de esta mirada. «¿Cómo es posible sentirse siempre tan abrazado, comprendido, amado?», escribe uno de vosotros. «Yo quiero experimentar este abrazo en cada instante», dice otra persona; «deseo poder constatar este amor» porque – como escribe otra amiga nuestra citando al filósofo francés Hadjadj – «el amor más profundo implica una dimensión táctil».

Sin la experiencia presente de este amor la vida se vuelve algo inútil. Pero nosotros rechazamos esta inutilidad, no la toleramos, como hemos escrito en la frase de

invitación a este encuentro. Sin esta mirada amorosa, vence el aburrimiento, vence «el mal de vivir», como nos dice Cecilia citando el poema de Montale. También nosotros, aunque hemos sido tocados por la experiencia de esta mirada, en ciertos momentos, en ciertas relaciones, si no experimentamos la contemporaneidad de este afecto, caemos de nuevo en el aburrimiento, y por eso nuestra vida – como nos decía con agudeza don José Medina en el Triduo pascual – oscila continuamente entre momentos en los que vivimos todo con gran alegría y momentos en los que buscamos un hombro sobre el que llorar, como nos escribe Caterina.

En resumen, en la dimensión cotidiana de la vida, que se concreta en el estudio, en la relación con los profesores, con los amigos, con los padres, que se concreta en nuestros intereses, en nuestras pasiones, a menudo estamos – como nos decías, Julián, en tu saludo a los participantes del Triduo – «confusos ante nuestro estado de ánimo cambiante, enredados en nuestras reacciones» (30 marzo 2013). Pero también nos decías: «Deseo que no os detengáis nunca en la apariencia de las cosas, y que secundéis incansablemente ese ímpetu sin tregua que es vuestro mayor aliado en la aventura de la vida. Cristo se ha hecho hombre, ha muerto y ha resucitado para permanecer en la historia junto a nosotros y sostener a este aliado que hay en nosotros».

Entonces, secundar este ímpetu sin tregua es el camino para crecer en la experiencia de este ser mirados y abrazados; secundar este ímpetu sin tregua es el camino que tenemos que recorrer para que la vida no sea inútil y no caiga en el aburrimiento. Por eso te preguntamos, ¿cómo secundar ese ímpetu de cumplimiento, de felicidad, que no nos deja tregua? ¿Cómo hacer para no vivir inútilmente?

Julián Carrón

YO TAMPOCO QUIERO VIVIR INÚTILMENTE: EL «MAL DE VIVIR»

Hola a todos. Estoy contento de compartir de nuevo con vosotros el trecho de camino que el nuevo curso pone ante nosotros. Hay un vínculo profundo entre las dos preguntas que me plantea Albertino: «¿Cómo secundar ese ímpetu de cumplimiento, de felicidad, que no nos deja tregua?» y «¿Cómo hacer para no vivir inútilmente?». Todos intuimos que la única posibilidad de no vivir inútilmente es secundar este ímpetu, este ímpetu que descubrimos en nosotros. Escribe uno de vosotros: «Me he sentido muy provocado al enterarme del título de la Jornada de apertura. Yo tampoco quiero vivir inútilmente. Esta es la mayor urgencia que experimento cada día: la necesidad de que mi vida sea una aventura fascinante». Esta urgencia es la misma que han advertido todos los grandes hombres en la historia. Uno de ellos, Cesare Pavese, la expresa así: «Nada hay más amargo / que la inutilidad. [...] La lentitud de la hora / es despiadada, para quien ya no espera nada» (C. Pavese, «Lo steddazzu», *Le poesie*, Einaudi, Torino 1998, p. 104). Por eso don Giussani, con toda su humanidad, con esa humanidad que sentía vibrar dentro de sí, no podía evitar decir lo que hemos elegido como título de nuestra Jornada de apertura: «Yo no quiero vivir inútilmente. Es mi obsesión» (L. Giussani, *Cartas de fe y de amistad*, Encuentro, Madrid 2010, p. 43).

¿Cómo podemos afrontar esta aventura de modo que nuestra vida no sea inútil? ¿Qué puede ayudarnos en esta aventura, en esta urgencia de no vivir inútilmente? «En

estos días» – me escribe uno de vosotros – «releyendo el mensaje que nos has enviado con ocasión del Triduo, me ha impresionado la frase en la que dices: “Os deseo [...] que secundéis incansablemente ese ímpetu sin tregua que es vuestro mayor aliado en la aventura de la vida”. Me he dado cuenta de que esta frase recoge toda mi experiencia de este último año, en el que he tenido muchos altibajos. Me he alejado algunas veces y luego he vuelto. Lo más impresionante es que lo que siempre me ha hecho volver a GS no son los amigos, los padres o los profesores; lo que me ha traído de vuelta ha sido el ímpetu de mi corazón, porque mi corazón sabe qué es lo que le corresponde, mi corazón es justamente mi mayor aliado para vivir. Y por este motivo ya no tengo miedo», porque aunque tenga altibajos, aunque me aleje de vez en cuando, aunque pueda sentir a veces como lejano lo que se propone, el corazón sabe qué es lo que le corresponde. Por eso os había dicho que tenemos dentro de nosotros nuestro mejor aliado, basta con secundarlo, porque el corazón grita, grita mucho más que cualquier ruido que haya alrededor. Y todos nuestros intentos – los de cada uno y los de la sociedad – de hacerlo callar son inútiles, porque el corazón, incluso en medio del ruido continuo con el que buscamos distraernos, sigue gritando constantemente qué es lo que le corresponde, y nada puede acallararlo. Además, la vida nos pone delante personas que han secundado su corazón.

Este verano, mientras preparaba los Ejercicios de los *Memores Domini*, me ha impresionado mucho toparme con la figura de María Magdalena el día de su fiesta. Para introducirnos en la figura de esta mujer, la liturgia de la Iglesia nos propone un texto de un libro del Antiguo Testamento, el *Cantar de los Cantares*, que describe lo que era la vida para una persona que no quería vivir inútilmente – podríamos decir hoy –, hasta el punto de secundar constantemente el ímpetu de cumplimiento que tenía en su interior: «En mi lecho, por la noche, buscaba el amor de mi alma; lo buscaba y no lo encontraba. “Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma”. Lo busqué y no lo encontré. Me encontraron los centinelas que hacen la ronda por la ciudad [y les pregunté]: “¿Habéis visto al amor de mi alma?”» (Ct 3,1-3).

Escuchando este pasaje, me decía: “¿Cómo me gustaría tener un poco de la pasión que vibra en esta mujer!”. María Magdalena nos testimonia el corazón que cada uno de nosotros desearía tener en lo más profundo de su ser, pues el “yo” de cada uno de nosotros es esta búsqueda de un amor capaz de mantenerse en pie ante los desafíos de la vida. Y desafíos, amigos, tenemos unos cuantos ante nosotros, ¡y son enormes! El último es de hoy mismo: ¡cuántos niños y jóvenes como vosotros, junto a cientos de adultos, han perdido la vida en la tragedia de Lampedusa! Un hecho así no puede dejarnos indiferentes.

Por eso, nuestro corazón no deja nunca de sentir la urgencia de un significado, incluso para lo que ha sucedido hoy. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? Nuestro corazón se siente muchas veces pequeño, impotente a la hora de responder a estas tragedias. Y nos preguntamos: ¿tenemos algo que pueda dar significado, que pueda mantenerse en pie ante circunstancias como las que tenemos que afrontar?

En la fiesta de María Magdalena se leía el Evangelio del día de Pascua: «El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer». ¿Qué es lo que movió a aquella mujer para ponerse en camino tan de mañana, tan temprano, cuando

todo estaba aún oscuro? Porque la urgencia que sentía dentro de sí le impedía quedarse en casa tranquila. Y entonces corrió, «y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”. Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando». También ella tuvo que afrontar desafíos que no eran pequeños; el mayor de todos fue cuando murió Jesús, la persona más significativa de su vida, al que ella había seguido con otras mujeres para ayudarle en la vida, como dice el Evangelio. María tuvo que afrontar Su muerte. Por tanto, para ella era normal llorar, y podríamos decir: «Así es la vida». Si uno no ha encontrado esa presencia, si uno no encuentra esa presencia amada, es para echarse a llorar cada mañana. Podemos estar distraídos todo el día, pero la vida es para echarse a llorar si cada uno de nosotros no encuentra ese amor que llena la vida de significado, de intensidad, de calor.

Pero en ese momento sucede lo imprevisto: «Mientras lloraba [María Magdalena], se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Ella les contesta: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: “Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?” [La mujer habría podido responder: «Busco al amor de mi vida, busco esa Presencia que pueda llenar la vida». Por eso la Iglesia nos propone el texto del *Cantar de los Cantares* en la fiesta de María Magdalena, que nos habla de esta búsqueda]. Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: “Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré”. Jesús le dice: “¡María!”. Ella se vuelve y le dice: “¡Rabboni!”, que significa: “¡Maestro!”. Jesús le dice: “No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero anda, ve a mis hermanos y diles: subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”. María la Magdalena fue [enseguida] y anunció a los discípulos: “He visto al Señor y ha dicho esto”» (*Jn 20,11-18*).

En este pasaje tenemos la respuesta a las preguntas que más nos urgen en la vida: ¿cómo podemos mantenernos en pie ante los desafíos de la vida? ¿Cómo se puede vivir ante los desafíos que no nos ahorra la vida? ¿Qué podemos hacer para que nuestra vida no sea inútil? ¿Cuál es nuestro papel en el mundo? Sólo respondiendo a la primera pregunta de Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?», es decir, sólo encontrando la respuesta que busca cada uno, que responde al llanto, que responde a la urgencia de significado, que responde al deseo de sentido, pudo María, cuando se encontró con Él, tener enseguida algo que comunicar, algo que ir a contar a los demás: «¡He visto al Señor!».

Nosotros tenemos que afrontar constantemente estos desafíos. «Lo que te voy a contar» – me escribe una amiga – «se puede resumir en una simple frase: tengo el “mal de vivir”. Para entender las razones de este malestar te cuento brevemente lo que pasó el año pasado, incluido el verano [cuando una de sus mejores amigas se marchó al extranjero]. Yo estaba inquieta, iba al “raggio”, pero cuanto más iba, más me parecía estar rodeada de una serie de moralistas que ven a Dios por todas partes. Empezaba a sentirme como un pez fuera del agua, y entonces decidí alejarme de los amigos de CL. Ni siquiera he ido a las vacaciones de verano. Durante el verano me he divertido, pero

ha sido una diversión muy superficial que, durante tres meses enteros, ha dejado de lado este malestar que tenía y que, al empezar de nuevo la escuela, ha vuelto [el comienzo de la escuela es siempre la prueba de lo que hemos hecho durante el verano; uno puede tratar de olvidarlo, pero vuelve la escuela, vuelve la vida con todas sus urgencias]. Los primeros días han sido traumáticos, no tanto por el hecho de tener que ir a clase, sino porque tenía una tristeza infinita y una necesidad grande de ser querida. [Luego] he decidido volver al “raggio”. Nada más empezar, se canta una canción de Claudio Chieffo que describe perfectamente mi situación, y entonces decido contar cómo estoy, pidiendo a las personas a las que pocos meses antes había acusado de moralistas, que me ayudaran y estuvieran cerca. Es increíble, porque desde hace algunos días ya me siento mirada con esa atención que reclamaba. Ahora no puedo decir que esté plenamente feliz, pero tampoco estoy completamente triste». Estos desafíos, junto al «mal de vivir», son las cosas que, al igual que María Magdalena, cada uno de nosotros debe afrontar; podemos tratar de distraernos un poco, pero el corazón no se detiene, con el corazón no se puede hacer trampas.

Por eso es un gran consuelo para cada uno de nosotros que esto le haya sucedido a una persona desconocida como María Magdalena, porque nos ayuda a comprender que no existe ninguna condición previa, no hay necesidad de estar a la altura de nada, no hace falta ninguna dote particular para buscarle a Él. Es más, esta búsqueda puede incluso hallarse escondida en lo profundo de nuestro ser, bajo todos los deshechos de nuestro mal o de nuestro olvido, pero nada puede evitarla, como nadie podía detener a esa mujer en su búsqueda del amor de su alma. Para sorprender en uno mismo la misma tensión no se necesita nada más que esa «moralidad original», esa apertura total, esa coincidencia consigo mismo hasta el fondo, esa no-lejanía de uno mismo que lleva a decir: «En mi lecho, por la noche, buscaba el amor de mi alma». Es la misma apertura original que vemos en otros personajes del Evangelio, unos pobres hombres como nosotros, pero a los que nadie pudo impedir que Le buscasen, como Zaqueo, que se subió a un árbol lleno de curiosidad para ver a Jesús, o la Samaritana, sedienta y deseosa de la única agua que podía satisfacer su sed.

Frente a estas figuras evangélicas no hay excusa que valga: unos pobres hombres como nosotros, pero en tensión por buscarle. Son hombres definidos por la búsqueda de Él y por la pasión por Él, una búsqueda y una pasión que desarman todas nuestras preocupaciones, todas nuestras argumentaciones moralistas para justificar que no le busquemos. Imaginad lo que sucedió cuando Zaqueo, Mateo o la Magdalena escucharon que les llamaban por su nombre. Esto es lo que también nosotros necesitamos. «Estoy en el último curso de liceo. El primer fin de semana después de empezar las clases lo pasamos juntos con un profesor y algunos amigos. Yo venía de una temporada en la que me levantaba por las mañanas y me sentía vacío. En esta confusión, en esta tempestad, necesito un punto firme. ¿Para qué sirve levantarse cada mañana? Espero de nuevo que Su rostro aparezca ante mí». Cuando estáis ante un momento de oscuridad, ¿cómo os pueden ayudar todas las experiencias que habéis hecho? ¿Cómo aparece ante vosotros ese Rostro cada mañana? ¿Cómo hacer para que ese Rostro resulte cada vez más familiar? Esto es lo que a veces nos sucede, como a María. También María Magdalena había visto muchos milagros, había visto hacer a Jesús cosas increíbles, pero ante Su

muerte ella llora. ¿Qué es lo que necesita? Necesita lo mismo que nosotros: «Espero que Su rostro aparezca ante mí». Y esto es justamente lo que sucede.

UNA PRESENCIA QUE NOS LLAMA POR NUESTRO NOMBRE

«¡María!». Cómo vibraría la humanidad de Jesús para poder decir su nombre con un tono, con un acento, con una intensidad, con una familiaridad tal que hizo que la Magdalena le reconociera enseguida, cuando un instante antes le había confundido con un hortelano. «¡María!». Es como si toda la ternura del Misterio llegara hasta esa mujer a través de la humanidad conmovida de Jesús resucitado, sin velos, pero no por eso menos intensa, es más, con toda la humanidad de Jesús resucitado, estremecido ante la existencia de esa mujer. «¡María!». Se entiende así que en aquel momento comprendiera quién era ella. Pudo entender quién era porque Él hizo vibrar su humanidad hasta hacerle sentir una intensidad, una plenitud y una sobreabundancia inimaginables, y que sólo podía alcanzar en la relación con Él. Sin Él no habría sabido nunca quién era ni lo que podía llegar a ser la vida, qué grado de intensidad y de plenitud podía alcanzar la vida.

Amigos, ¿qué es el cristianismo, sino la presencia de Jesús que se conmueve ante el destino de una mujer desconocida, que le hace comprender qué es lo que Él ha traído, qué supone Él para la vida? Podemos comprender la novedad que ha entrado en la historia con el cristianismo mirando la forma con la que Cristo lo comunica: Jesús no nos ha mostrado qué es el cristianismo dándonos una clase, o haciendo una lista de las cosas que hay que hacer, sino diciéndole a una mujer: «¡María!». Lo que desvela a aquella mujer quién es Jesús es esta comunicación del ser, de «más ser», de «más María». No se trata de una teoría, de un discurso o de una explicación. Fue un acontecimiento lo que impactó a todos los que entraron en relación con Él de un modo u otro, y que los Evangelios, con su sencillez desarmante, comunican de la forma más ingenua, más sencilla que pueda haber, sencillamente pronunciando su nombre: «¡María!», «¡Zaqueo!», «¡Mateo!». «¡Mujer, no llores!». Cómo debió comunicarles Su ser para marcar tan poderosamente su vida, hasta el punto de que ya no podían hacer nada, ya no podían mirar la realidad ni mirarse a sí mismos sin sentirse atravesados por esa Presencia, por esa voz, por esa intensidad con la que su nombre había sido pronunciado. Nosotros lo entendemos cuando queremos a alguien, y nos sorprendemos de que una presencia así sea decisiva para cada uno de nosotros. ¡Imaginad qué novedad debe haber traído Jesús para conmocionar tan poderosamente la vida de todos aquellos que se encontraban con Él!

Podemos percibir el asombro que recorre cada página del Evangelio ante la experiencia del encuentro con Cristo. Por desgracia, nos hemos habituado a estos relatos y hemos dejado muchas veces de acusar el impacto. Lo damos todo por descontado, por sabido. Pero esto no tiene que ser necesariamente así. Lo vemos cuando un hombre como el papa Francisco nos testimonia hoy su asombro: «La síntesis mejor, la que me sale más desde dentro y siento más verdadera es esta: “Soy un pecador en quien el Señor ha puesto los ojos. (...) Soy alguien que ha sido mirado por el Señor”» (Francisco, «Entrevista al papa Francisco», a cargo de Antonio Spadaro, *La Civiltà Cattolica*, III/2013, p. 451).

El alcance de ese acontecimiento, de esa modalidad única de relacionarse con otro, de un «Yo», Jesús, que entra en relación con un «tú», María, haciéndole ser más ella misma, el alcance de ese «¡María!» que descoloca a esa mujer, de la conmoción que le invade, se manifiesta en la forma en que ella responde: «¡Maestro!». En la sobriedad del Evangelio, san Juan comenta: «Ella se vuelve» al oír su nombre. Esto es la conversión, ¡todo menos moralismo! La conversión es un reconocimiento: «¡Maestro!». Es la respuesta al amor de Alguien que, al decir nuestro nombre con una intensidad afectiva que nunca habíamos visto, nos hace descubrirnos a nosotros mismos. Reconocerle es la respuesta a esta pasión de Alguien por ella que despierta la capacidad afectiva de María Magdalena. Dominada por esta conmoción, por este afecto, María pudo dirigirse a Jesús con una pasión que le hacía decir: «¡Maestro!». La respuesta de María brota por entero de ese asombro único que Jesús provocó en ella. Por eso la conversión es otra cosa, no tiene nada que ver con el moralismo, con un esfuerzo que haya que hacer: es sencillamente la respuesta llena de afecto a Alguien que dice nuestro nombre, y que hace que nos volvamos – como la Magdalena – para no perderle, que nos adhiramos a Él y que no queramos separarnos ya de Él.

La conmoción profunda que sintió aquella mujer – que se había dado antes en la humanidad de Jesús, llena de pasión por ella, y que se ha hecho carne para comunicarse a través de Su carne, a través de Su conmoción, a través de Su mirada, a través de Su forma de hablar, a través del tono de Su voz – es la novedad, amigos, que ha entrado en la historia y que hoy, al igual que ayer, espera en el fondo cada uno de nosotros. «El hombre de hoy» – decía don Giussani en el Sínodo sobre los laicos de 1987 – «espera, quizás inconscientemente, la experiencia del encuentro con personas para quienes el hecho de Cristo es una realidad tan presente que cambia su vida. Es un impacto humano lo que puede sacudir al hombre de hoy: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús levantó la mirada y dijo: “Zaqueo, baja enseguida, voy a tu casa”» (L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, Bur, Milano 2003, p. 24).

Este acontecimiento nos ha marcado también a nosotros. A través de la persona de don Giussani o de aquellos que le conocieron, este acontecimiento, el eco del acontecimiento inicial, nos ha alcanzado; ha llegado hasta nosotros a través de su humanidad y su pasión por Cristo, de la que hemos sido testigos, hasta el punto de que muchos de nosotros no estaríamos aquí si no hubiésemos sido arrastrados por la forma en que nos ha comunicado a Cristo. Podremos ser más conscientes de lo que nos ha sucedido en el encuentro con don Giussani cuando leamos su biografía (*Vita di don Giussani*), que ya se encuentra disponible y que tal vez hayáis empezado a leer. Él ha hecho llegar hasta nosotros, hoy, la misma conmoción que Jesús experimentaba ante María, exactamente la misma de entonces, no «como» la de entonces, sino «la» de entonces, amigos, el mismo acontecimiento que alcanzó a María. Y cada uno debe mirar su propia experiencia, su propio encuentro con esta humanidad distinta que nos ha fascinado para ver surgir precisamente ahí el primer albor, el primer deseo de pertenencia a Cristo. De hecho, si no lo hubiésemos encontrado de este modo, no estaríamos aquí, porque no existe otra fuente del deseo de pertenecer a Cristo sino la experiencia del cristianismo vivido como acontecimiento ahora, la experiencia del encuentro con alguien que dice tu nombre. Y esto ha sido suficiente para que nos

entraran unas ganas tremendas de ser «Suyos», de pertenecerle, de no perdernos lo que significa Cristo para la vida, de no perder la intensidad, la pasión, la plenitud que introduce en la vida la relación con Jesús. «¿Qué es el cristianismo», decía don Giussani, «sino el acontecimiento de un hombre nuevo que, por su naturaleza, se convierte en protagonista nuevo en la escena del mundo?» (*Ibidem*, p. 23).

SU PRESENCIA IMPULSA LA AVENTURA DEL CONOCIMIENTO

La única manera de no tener que taparnos la cara con el brazo para defendernos de los golpes de las circunstancias, para poder vivir, es que una Presencia tan poderosa como esta invada nuestra vida. Pero muchas veces, estamos tan heridos por el impacto de las circunstancias (pensemos en lo que ha sucedido hoy en Lampedusa) que se bloquea el camino del conocimiento, y entonces todo se vuelve verdaderamente asfixiante, porque es como si viéramos la realidad únicamente por el agujero de nuestra herida. Como María Magdalena, que veía la realidad a través de su llanto y no veía nada más; ¡ni siquiera reconoce a Jesús! Pero aparece Él, la llama por su nombre y reanuda la partida, permite que le reconozca, que pueda empezar a mirar la realidad de forma distinta, porque Su presencia es más poderosa que cualquier herida y que cualquier llanto. Entonces se abre de nuevo la mirada para poder ver la realidad en su verdad. «Fue mirado [Zaqueo] y entonces vio». Qué distinta sería la vida, amigos, si cada uno de nosotros dejara entrar esa mirada, sea cual sea nuestra herida o nuestra dificultad. Lo que necesitamos es lo que hemos cantado al principio: «Para continuar caminando al sol por estos desiertos, para recalcar que estoy vivo en medio de tantos muertos [...] sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros [¡que tú estés aquí con tus ojos claros!] [...] Para aligerar este duro peso de nuestros días, esta soledad que llevamos todos [...] Para descartar esta sensación de perderlo todo [...] sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros», es decir, con Tu presencia.

Por eso don Giussani insiste en que Jesús entró en la historia para educarnos en un conocimiento verdadero de la realidad, porque creemos ya saber lo que es la realidad; pero sin Él nos asalta el miedo, como vemos muchas veces, nos bloqueamos y nos ahogamos en las circunstancias, en el estudio o en las relaciones. En cambio, con Jesús la mirada vuelve a abrirse. Es como si nos dijera: «Mirad que yo he venido para educaros en la verdadera relación con la realidad, en la actitud justa que os permita una mirada nueva sobre la realidad». Si nosotros no hacemos experiencia de esto, es decir, si Su presencia no es tan potente que nos hace capaces de reanudar constantemente la partida, si no dejamos entrar continuamente Su mirada, Su presencia, terminamos viviendo la realidad como todos.

Sólo si entra Jesús y hace posible un conocimiento nuevo, nosotros podremos introducir en el mundo una forma distinta de estar en la realidad. Todas las circunstancias se nos dan para esto, para introducirnos en este conocimiento nuevo, para ver quién es Jesús, una Presencia que nos permite vivir la realidad de un modo nuevo. Y esto nos permite descubrir que las circunstancias no son una objeción, como muchas veces pensamos sólo porque no somos capaces de percibir el atractivo que encierran. Estamos tan determinados por la herida que hemos reducido las circunstancias porque creemos que sabemos lo que son, pensamos que no hay nada nuevo que descubrir

dentro de ellas, que sólo nos queda soportarlas. Sólo nos queda el intento moralista de ver si somos capaces de soportar esa asfixia.

En cambio, si vuelve a suceder una Presencia como la que le sucedió a la Magdalena, el recorrido del conocimiento se abre de nuevo, porque lo que nosotros poseemos es mucho más que un mero «saber» las respuestas a todas las objeciones o a los desafíos; nosotros tenemos «la» respuesta, pero la respuesta no consiste – como creemos – en tener unas instrucciones de uso para vivir, porque las instrucciones de uso se han hecho carne, son una Presencia, es el Verbo, su contenido es una Presencia, un “Tú”, el “Tú” que alcanzó a María. ¡Lo vemos también nosotros cuando tenemos a nuestro lado personas que hacen distinta la vida! Por eso podemos comprender qué es lo que sucedió cuando Jesús llamó por su nombre a María, y ella sintió la Presencia que cambió su mirada por completo. Porque la verdad es esta relación, como ha escrito el papa Francisco al periodista Eugenio Scalfari: «Para la fe cristiana, la verdad es el amor de Dios por nosotros en Jesucristo. Por tanto, ¡la verdad es una relación!» (Francisco, «Carta a los no creyentes», *la Repubblica*, 11 septiembre 2013, p. 2). Lo mismo le sucede al niño, que desconoce muchas cosas pero de una está seguro: que están su padre y su madre, y que ellos las saben. Entonces, ¿dónde está el problema? Si yo estoy seguro de esta Presencia que invade mi vida, puedo afrontar cualquier circunstancia, cualquier herida, cualquier objeción, cualquier impacto, cualquier ataque, porque todo esto me abre a esperar la forma con la que el Misterio se mostrará para sugerirme una respuesta, para acompañarme en cualquier sitio, incluso en la oscuridad.

Qué distinto es el modo de estar en la realidad cuando uno tiene preguntas, cuando uno tiene cuestiones abiertas, porque entonces, cuando se levanta por la mañana o recita el *Ángelus*, cuando escucha a un amigo o lee el periódico, cuando va a la escuela o se encuentra con sus amigos está en tensión por descubrir, por interceptar cualquier brizna de verdad que pudiera salir a su encuentro en cualquier ocasión. Entonces, ¿qué puede llegar a ser la vida? Lo dice uno de vosotros: «Me espera un año bastante duro en sentido académico, pero no sólo. En este periodo percibo especialmente dos urgencias, dos cosas que me apremian ante el nuevo curso que acaba de empezar y que ya me preocupa. Primera: el estudio. Este año quiero disfrutar del estudio. Es grande el deseo de estar con seriedad ante el profesor y estudiar bien [no sólo para sacar una buena nota, sino para disfrutar], para poder descubrir cada vez algo más, algo que sea interesante para mí, algo sobre mí [¡qué distinta es la vida así!]. Es posible un descubrimiento como este también en el estudio, y es estupendo cuando sucede; es estupendo cuando te das cuenta de que incluso en esa página, ese autor habla de ti, está contigo. [Pero para hablar de ti y estar contigo, tú debes estar presente, debes tomarte en serio tu corazón, debes estar ahí, presente con todas tus exigencias, ¡porque esa página, ese autor, está hablando contigo!] La escuela puede ser fascinante y yo deseo ardientemente vivirla con los ojos abiertos y llenos de curiosidad por descubrirla y descubrirme cada vez más. Entonces el problema es mi fragilidad, mi debilidad, mi incapacidad: caigo enseguida. El deseo es grande, pero caigo enseguida. ¿Cómo puede mi deseo vencer al cansancio, al aburrimiento [a este decaer], que parecen mucho más fuertes?».»

«CAMINAR ES UN ARTE»

Mirad lo que responde el Papa: «Caminar es un arte», les decía a los estudiantes de las escuelas de los jesuitas, «porque si caminamos siempre deprisa nos cansamos y no podemos llegar al final, al final del camino. En cambio, si nos detenemos y no caminamos, ni siquiera llegamos al final. Caminar es precisamente el arte de mirar el horizonte, pensar *a dónde* quiero ir, pero también soportar el cansancio del camino. Y muchas veces el camino es difícil, no es fácil. “Quiero ser fiel a este camino, pero no es fácil, mira: hay oscuridad, hay días de oscuridad, también días de fracaso, incluso alguna jornada de caída... uno cae, cae...”. Pero pensad siempre en esto [nos dice el Papa]: no tengáis miedo de los fracasos; no tengáis miedo de las caídas. En el arte de caminar lo que importa no es no caer [que es lo que nos bloquea y nos escandaliza], sino no “quedarse caídos”. Levantarse pronto, inmediatamente, y seguir andando. Y esto es bello, esto es trabajar todos los días, esto es caminar humanamente. Pero es malo caminar solos, malo y aburrido. Caminar en comunidad, con los amigos, con quienes nos quieren, nos ayuda, nos ayuda a llegar precisamente a la meta a la que queremos llegar» (Francisco, *Discurso a los estudiantes de las escuelas de los Jesuitas en Italia y Albania*, 7 junio 2013).

Por eso no os asustéis de vuestra fragilidad, también los niños son frágiles, pero no se cansan nunca de levantarse, de ponerse de nuevo en camino; cojeando, pero siempre en lucha, siempre en camino. Entonces todo se vuelve interesante. «También yo» – dice uno de vosotros – «quiero descubrir esa belleza con B mayúscula que veo surgir en las personas, quiero estar en pie ante las preguntas, ante el ideal continuo de ser mejor. ¿Es posible? ¿Es posible llegar a ser cada vez más una sola cosa con Cristo?», ¿es posible que Cristo llegue a ser de tal modo uno con nosotros que nos acompañe en el camino? «Quiero que Su presencia entre definitivamente en mí y yo llegue a ser una sola cosa con Él». ¿Es posible? Sí. Con el tiempo es posible. No es algo instantáneo, no es algo mágico, como sucede con las relaciones: las relaciones requieren un tiempo para crecer; en caso contrario, no sería humano.

La familiaridad con Jesús crece en el tiempo. ¿Y cómo sucede esto? Usando todo lo que sucede en función de esta familiaridad. Que cada circunstancia sea la ocasión de relación con Él, como nos decía el Papa en Río: cuando tenemos que afrontar dificultades, desafíos en la vida, nosotros «¿en quién ponemos nuestra confianza?», se pregunta el Papa. Y sigue: «¿En nosotros mismos, en las cosas, o en Jesús? [cada uno de nosotros debe responder a esta pregunta en todo momento] Todos tenemos muchas veces la tentación de ponernos en el centro, de creernos que somos el eje del universo, de creer que nosotros solos construimos nuestra vida, o de pensar que el tener, el dinero, el poder es lo que da la felicidad. Pero todos sabemos que no es así. El tener, el dinero y el poder pueden ofrecer un momento de embriaguez, la ilusión de ser felices, pero, al final, nos dominan y nos llevan a querer tener cada vez más, a no estar nunca satisfechos. Y terminamos empachados pero no alimentados, y es muy triste ver una juventud empachada pero débil. ¡“Pon a Cristo” en tu vida, pon tu confianza en Él y no vas a quedar defraudado! [¿Quieres crecer en la familiaridad con Él? Pon a Cristo en tu vida, porque sólo así podrás verificar quién es Cristo, podrás alcanzar una certeza sobre Cristo, podrás ver si puedes llegar a ser una sola cosa con Él] Miren, queridos amigos,

la fe produce en nuestra vida una revolución que podríamos llamar copernicana, nos quita del centro y pone en el centro a Dios; la fe nos inunda de su amor, que nos da seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero, en lo más profundo de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios, en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría» (Francisco, *Homilía en la fiesta de acogida de los jóvenes*, Río de Janeiro, Brasil, 25 julio 2013).

Y recientemente, decía el papa Francisco en Cagliari: «Un joven sin esperanza [...] ha envejecido demasiado pronto. [Hay muchos] mercaderes de muerte [...] que [...] os ofrecen un camino para cuando estáis tristes». El verdadero desafío es «*fiarse de Jesús* [...]». Yo no vengo aquí a venderos un espejismo [decía el Papa a los jóvenes]. Vengo aquí a decir: existe una Persona que puede llevaros adelante, ¡fíate de Él! ¡Es Jesús! ¡Fíate de Jesús! Jesús no es un espejismo. Fíarse de Jesús. El Señor está siempre con nosotros» (Francisco, *Discurso en el encuentro con los jóvenes*, Cagliari, 22 septiembre 2013). ¿Queréis crecer en esta familiaridad? Fiaros de Jesús, entrad en la realidad con Él, porque esto es lo que nos hace estar siempre presentes en la realidad, lo que nos hace estar atentos a todo lo que sucede.

«¿Qué es lo que necesito?», se pregunta una de vosotros; «pensar en esta pregunta me ha ayudado a vivir cada circunstancia y me he asombrado de lo atenta que estaba», porque sólo cuando tenemos preguntas, amigos, estamos atentos. «Deseo estar atenta en cada instante». Sólo si dejamos abiertas las preguntas, sólo si no rechazamos los desafíos, podremos interceptar una respuesta en todo lo que nos suceda en la vida. Por eso el nuestro es un camino humanísimo, que no está hecho de alucinaciones o de visiones, sino de participar en una aventura de conocimiento fascinante, que nos permite descubrir cada vez más el atractivo que hay dentro de cualquier límite, de cualquier circunstancia o dificultad, porque cualquier objeción, por muy dolorosa que sea, encierra siempre algo verdadero. Eso es lo que necesitamos descubrir. Y para esto hace falta buscar. «Durante dos años» – dice uno de vosotros – «eufórico, irreflexivo, rabioso, he buscado consciente e inconscientemente algo existencial para mi vida, que me parecía haber perdido irremediablemente. Sin embargo, lo que he ganado en esta confusión continua ha sido una tristeza de fondo que nunca me ha abandonado, y la conciencia terrible de haberme perdido a mí mismo cada día más, de haber perdido la vida viviendo, como diría Eliot. En cambio nosotros – como dice Chesterton – necesitamos ser encontrados. Durante dos años he estado apesadumbrado, no me he movido. Sólo ahora he sido regenerado cuando, al volver a la comunidad, al vivir el encuentro con Jesús a través de la compañía de los amigos, he sentido que me arrancaban de la confusión de los últimos años y me restituían a mí mismo [¡Jesús ha entrado en la historia, amigos, para restituírnos a nosotros mismos!]. Y te digo “Jesús” porque en la relación con un profesor amigo y con otros amigos a los que he conocido durante el verano, me he quedado tan asombrado por su forma de estar en el mundo, libre, apasionada, viva, que no he podido dejar de sorprender en esos rostros algo que es más que humano; algo más que humano [es decir, divino] pasaba a través de la vida de aquellas personas».

Jesús se hace presente de esta forma, sigue llamándonos por nuestro nombre y haciéndonos compañía en la vida para que podamos vivir esta aventura sin ser

absorbidos por las circunstancias – sean las que sean –, sin perder el atractivo de la vida.
Sólo así podremos evitar perder la vida y vivir inútilmente.
¡Buena aventura, amigos!